

ARTE Y POLÍTICA

Lourdes Quintanilla Obregón

La condenación platónica de la poesía se manifiesta en *La República* de forma un tanto desconcertante. Dentro del “estado justo”, los poetas alteraban el orden impuesto por la razón. Platón sabía muy bien lo que atacaba. El arte es subversivo, el poeta es un mentiroso forjador de mitos. Crea mundos nuevos, espacios y tiempos diversos. Política y moralmente peligroso, el arte ha sido objeto desde entonces del cuidado y vigilancia del poder. Tal vez muy pocos se pregunten por el significado del arte, pero se sabe, intuitivamente, la profunda fascinación que ejerce.

El arte es la forma suprema de comunicación, al decir de Kant. El goce estético no está separado de la inteligencia o de la inteligencia del poder. Se aprovecha, se vigila o se calla. La rebelión de los artistas frente a rígidos cánones académicos o cortesanos se ha dado a lo largo de toda la historia, puesto que si se someten al servicio de los poderosos pierden su necesaria libertad creadora o se comprometen en asuntos que no son los suyos. ¿Es posible entonces la libertad artística? Es difícil tanto desde el punto de vista artístico como político trazar fronteras precisas.

Los controles estatales sobre el arte tienen una desventaja, no pueden

prever sus fines. La política debe encontrar soluciones para resolver los problemas comunitarios. El arte es, esencialmente, creación, imaginación, formas nuevas. Una sociedad sin arte es impensable. No hay ningún poder que pueda eliminarlo a su capricho, sería tanto como cancelar la vida. El arte y la política han tejido nuestro mundo. Su relación es inquietante.

Literatura y poder

En lugar de interpretar la literatura a la luz de la política, deberíamos pensar la política a la luz de las obras maestras. Aprenderíamos de ellas. La eficacia política profunda surge de temas no políticos porque la escritura nos brinda sensibilidad para comprender el mundo y su misteriosa vibración con todos sus matices, fisuras y peligros. El lenguaje va más allá de la representación, desvela, desoculta, sugiere, inventa espacios y tiempos, tiene su propio hechizo.

Ernst Jünger dice en alguna parte: “es más importante que un par de adolescentes descubra un libro y lo comente que todos los congresos de artistas y escritores”. Porque el arte es un don y el artista es nuestro huésped. Una vez impreso el libro ya no pertenece al escritor. Es el “hermano lector” de Baudelaire quien completa la obra y, al hacerlo, la modifica. Nosotros somos coautores sin saberlo. Es nuestra secreta felicidad.

Porque una se acerca a la literatura y a la poesía por hedonismo, y platica con otros coautores. Es posible entonces que se politice la escritura. ¡Enhorabuena! Gracias a ella han resucitado muchos héroes arrumbados y otros bajan de su pedestal. Gestas patrióticas se magnifican o se deshacen. Una puede sonreír ante usos y costumbres, burlarse de la moral vigente, tener una visión desprejuiciada. El escritor puede hacer lo que quiera, es su derecho. Hay quienes dicen que no puede sustraerse a su tiempo y a su sociedad. Mal conoce el arte quien busque en él un simple reflejo. No está sujeto al presente, recuerda y anticipa. El escritor goza de su soberana libertad.

El siglo XX ha sido testigo de muchos escritores y poetas que cayeron en las trampas ideológicas. No me interesa hacer la lista ni proseguir la quema de libros. Me importa el profundo poder de la escritura. Los buenos libros circulan de mano en mano en épocas difíciles. Tal vez sólo lleguen a algunos. Maquiavelo sabía muy bien que los amantes de la libertad no se resignan a convertirse en siervos. Erasmo de Rotterdam pensaba en esos “algunos”: ven claro a través de las tinieblas. Montaigne conocía los problemas de su tiempo y eligió la soberanía individual. Shakespeare nos enseñó de una vez y para siempre lo que es el poder. Grandes escritores son nuestros contemporáneos.

Ningún libro ha propiciado jamás grandes cambios salvo los libros sagrados. Estos cambios obedecen a múltiples causas. La íntima relación entre literatura y poder se da a otro nivel. Es nuestro pequeño mundo el que se transforma y la percepción se modifica. Boecio prisionero nos enseñó hace 1500 años lo que significan el poder y la libertad. A lo largo de la historia hemos escuchado hablar de derechos, de la dignidad del hombre, de la grandeza de la *polis*. Gracias a la literatura y a la poesía sabemos algo más: en el viaje interminable alrededor de nosotros mismos hay un centro donde reside nuestra libertad soberana. Vivir y convivir.

No podemos menos que ocuparnos de lo cotidiano y la política afecta irremediamente nuestras vidas. Por ello estudiamos y tratamos de entender sus mecanismos. Pero si la ironía y el escepticismo nos acompañan, cuestionamos las pretensiones de los poderosos y nos mantenemos alertas y vigilantes más allá de la representación. Hemos aprendido con la sonrisa de Rabelais a perder la solemnidad y también que la vida está en otra parte.

Coautores de obras literarias y poéticas, ingresamos en un medio nuevo y somos otros. Participamos en el mundo en la medida en que nos integramos a él. A la distancia, en nuestro propio espacio, podemos recorrer caminos diferentes, buscar otra lógica, otras posibilidades de conocimiento para tratar de comprender las metamorfosis de nuestro tiempo. Y así, tal vez, imaginar nuevas formas para el quehacer político: se requiere olfato, sensibilidad. Más allá de las teorías y de la representación. Ni cerca ni lejos del poder como cualquier ciudadano, el escritor aprende las reglas

del juego y, desde luego, él elige. Nosotros también aprendemos. Nos han ayudado la literatura y la poesía.

Teatro y política

Dionisos es el dios del teatro. Su fuente es el mito. Alientos sagrados dieron origen al drama, la tragedia y la comedia y aun hoy, habiéndolo olvidado, persisten sus huellas. Dice Aristófanes en *Las nubes*: ¡Cuánta sabiduría, cuánta locura! De allí, la *khatarsis* purificadora y la risa subversiva. El teatro incita el *pathos* primordial de la colectividad y le recuerda, plásticamente, positivos instantes.

El teatro es acción por excelencia y la acción de suyo escapa a toda prisión de orden lógico. Es cierto que sus efectos pueden ser cuidadosamente calculados en la puesta en escena. Amamos el teatro porque todos somos comediantes y no podemos vivir sin máscaras. Nos vemos representados con las fuerzas oscuras que nos acompañan en el silencio cósmico: pasiones, emociones y deseos de la humana naturaleza.

Arte público, el teatro ha sido también *paideia* y entretenimiento. La democracia ateniense se forjó en el teatro no en ágoras y liceos. Se hacía política al aire libre. El teatro representa entre el juego y la necesidad. Si es agonal puede defender causas justas o atenuar la violencia con la ironía. Sólo en libertad pueden el arrebató de la pasión y la expresión del pensamiento fluir sin obstáculo. El imaginar de los espectadores completaba la representación.

Antígona y Edipo nos acompañan. Hamlet es inmortal y ha sido representado en todos los tiempos y en diversas culturas. *La vida es sueño* de Calderón de la Barca. Esperamos a Godot en las sillas vacías de Ionesco. Hay algo profundamente subversivo en toda verdadera comedia. La risa de Moliere es anticartesiana, se burla del YO pienso, luego existo. Larga es la lista de los personajes que ha creado el teatro. A pesar de los cambios que se han sucedido hasta la actualidad, permanece fiel a sus oríge-

nes. En cuanto obra de arte modifica nuestra visión del mundo. Hay un cierto paralelismo entre teatro y política. En esta última hay un tema central: el poder. Para obtenerlo y conservarlo se necesita contar con actores, escenarios, coros y público, y se monta la representación. Monólogos, mecanismos promisorios, retórica para convencer a los espectadores y contar con ellos para legitimar a los mandatarios. El espectáculo se repite una y otra vez, burda o felizmente, hasta lograr el objetivo: subir por la escalera del poder. Ya en la cima se renuevan discursos y promesas hasta que se desciende al olvido. El mismo simulacro acompaña al sucesor y así hasta el infinito. Baste leer a Shakespeare. Pero el gran escritor representó el mundo de vastos y antiquísimos conflictos entre el bien y el mal, de armonía y música cósmicas, de tempestades y de magia.

La política no es teatro. Es espectáculo y siempre lo ha sido. Los reyes medievales recorrían villas y poblados acompañados de su séquito y eran reyes taumaturgos. Arcos triunfales a su paso, castillos y palacios como imágenes del poder. Hoy la política es un espectáculo grotesco, un escenario burocrático.

La relación entre teatro y política no se da simplemente porque el teatro haga crítica política o porque ponga en ridículo a grandes y a pequeños ante un público que se indigna o se felicita. Sería tanto como rebajar el teatro a vehículo político que los poderosos permiten o censuran para sus propios fines.

El poder del teatro es más profundo. Todavía son válidas las palabras de Aristófanes: ¡cuánta sabiduría, cuánta locura! Nos ha enfrentado al destino, mostrado nuestra fragilidad y el dolor y la muerte que nos acompañan. Nos ha hecho, en fin, mirarnos al espejo como un arte poderosamente vivo y nos ha arrancado las máscaras.

Maquiavelo inventó *El Príncipe* porque sabía muy bien que las pasiones mueven al mundo entre la Fortuna y la Necesidad. Tal vez porque también escribió teatro y le bastó Florencia como escenario.

Cuando asistimos al teatro, lo profundo sale a escena. Sentimos que estamos vivos y tomamos distancia. Nuestra percepción cambia porque o bien ha ocurrido la catarsis o soltamos la carcajada. Dionisos nos acompaña.

Cine y política

Lluvia de imágenes es el arte cinematográfico. La imagen no la inventó el cine, es tan vieja como la humanidad. Baste pensar en Lascaux y en Altamira. Mediante imágenes y figuras se ha forjado el cosmos. Un día la imagen se puso en movimiento. “Y, sin embargo, se mueve”, decía Galileo. Nació el arte de las miradas; poesía y sueño, fugitivo e inatrapable, un arte planetario que nos acompaña hace cien años.

El cine es amigo de todas las bellas artes y también de la ciencia y la tecnología. El quehacer cinematográfico es muy elaborado. Del texto escrito al guión, la fotografía, la música, los planos, el montaje; cortar y recortar. Me interesa el lenguaje cinematográfico: imágenes en movimiento. Pareciera que todas las combinaciones son posibles y la multiplicidad es infinita. Se atraviesa la penumbra y el espectador se entrega a la contemplación y a la fantasía.

Todos los temas han sido tratados por el cine, entre ellos, la historia y la política. Ficción: cambia espacios y tiempos de un plano a otro y se producen secuencias inesperadas. Puede lanzar una mirada oblicua sobre el mundo, hacer propaganda deliberadamente, denunciar y desvelar, ser realista o neorrealista. Tal parece que el cine puede hacer todo. Llevarnos “más allá de las nubes” —la espléndida película de Antonioni-Wenders— en busca de otra imagen oculta, misteriosa, la imposible imagen. Lluvia de imágenes pero lluvia al fin termina.

Creación y recreación es el cine. Muchas personas intervienen en su elaboración, millones lo contemplan. Por ello, el medio ha sido tan importante políticamente. Los gobiernos se han servido de él o le temen, está sujeto a la censura religiosa o nacionalista, las películas se clasifican desde el punto de vista de la moral. Como espectáculo público educa o deseduca. Nadie lo ignora. Convertido en una industria cultural está presente por doquier.

El cine, por su lenguaje mismo, es inquietante. No es un simple contar historias. Tal vez la historia sea lo de menos, lo importante es cómo se cuenta. El director inventa el paso de una imagen a otra, los planos que la

conforman, los juegos de luces y de sombras. La música lo acompaña. El recorrido se sucede como acaecer de relámpagos. Si bien se mira expresa nuestro mundo en movimiento perpetuo, ya nada permanece en su lugar, nada está quieto.

El cine es un mundo de “estrellas”, actores secundarios y reparto. Las caricaturas y las galaxias; el cine mudo a la más sofisticada tecnología. Cientos de películas son efímeras, ya nadie las recuerda. Otras son inolvidables. Si bien es cierto que el cine es un arte colectivo, los espectadores no son escogidos, acuden voluntariamente, no se conocen entre sí. Las imágenes van dirigidas a otras miradas, a todas y a cada una, a la esfera individual corpórea de las pasiones de los intereses políticos. El juicio particular se comparte y se universaliza. “El pan de cada día del hombre de hoy”, recuerdo a María Zambrano, se ha constituido en la forma de comunicación por excelencia.

Tal vez en el imaginario colectivo priva ya una visión cinematográfica del mundo. Los acontecimientos los vemos como en un filme. Imágenes se suceden y se agotan. Me permito una analogía con la política. Centenares de personas se ocupan de su quehacer y afinan la imagen de los actores principales ante una muchedumbre sin rostro. La política se sucede en la aplastante realidad, el cine tiene el privilegio de inventarla. Aquella no puede limitarse a proyectar estrategias, tiene que obtener resultados concretos.

El cine puede imponer una nueva mirada y hacernos comprender que el mundo es ilusorio. Las redes de la política pretenden envolver el todo ¿Cómo lograrlo sin la simultaneidad de las miradas y sin la voluntaria participación del público?

El arte cinematográfico nos acompaña en la aventura con sus fábulas y sus quimeras. A través de sus espacios imaginarios, que aparecen de una manera o de otra, captamos lo multiforme de la multiforme condición humana sin poder jamás asirla. El cine nos ha acostumbrado a pensar en el vértigo o a “cantar bajo la lluvia”, como Gene Kelly.

Arquitectura y poder

En *Las ciudades invisibles*, Italo Calvino inventa ciudades dobles y escondidas, ciudades felices que cobran forma y se desvanecen continuamente ocultas en las ciudades infelices, ciudades sutiles. Infelices, es cierto, pero saturadas de historia, duración y costumbres. Ciudades en cuyos espacios se revela el transcurso del tiempo, la huella humana grabada en la materia. Espacios que poseen valores propios, orientación, marcos y ritmos que se corresponden con emociones y deseos de sus habitantes. Ciudades que modelan sus espacios todos los días. Vivimos y convivimos en el mediocosmos, en espacios donde hay un dentro y un fuera.

En esas ciudades infelices de juega el espacio, es decir, la libertad, valor político por excelencia y que no es invención jurídica ni un tesoro filosófico, al decir de Lévi-Strauss en *Tristes Trópicos*,

sino que resulta de una relación objetiva entre el individuo y el espacio que éste ocupa... Cuando los hombres comienzan a sentir que les falta lugar en sus espacios geográfico, social y mental, corren el peligro de verse seducidos por una solución simple: rehusar la calidad humana a una parte de la especie. Tal parece, añade, que ha terminado la era en que la especie era a la medida de su universo donde persistía una relación válida entre el ejercicio de la libertad y de sus signos.

Conviene reflexionar sobre las palabras del gran antropólogo. La *polis* moderna, al limitar el espacio, merma la libertad estrechamente ligada a los derechos.

Hoy vivimos en ciudades pluricentristas y cambia el comportamiento de sus habitantes. Atentos como estamos a nuestro particular campo de estudio, hemos ignorado la cultura arquitectónica, creadora de espacios. Por lo tanto, empecemos por el arte y tal vez todo lo demás pueda definirse a su alrededor.

Los estudiosos pueden hacer una crítica implacable contra la ciudad concebida como un desierto de asfalto, contra la estandarización, contra la mecanización como un fin en sí misma. Pueden clamar a favor de la armonía y la proporción del mediocosmos que la arquitectura define y al fin

y al cabo diseña para los seres humanos. Pero los imperativos económicos y políticos de manera tácita imponen objetivos contrarios y el enorme crecimiento demográfico arroja su sombra sobre la ciudad. Si se rompen los límites entre los espacios público y privado y aumentan los espacios homogéneos, ¿dónde quedará el lugar de la libertad?

Y, sin embargo, el arte de la construcción se impone. Hermosa palabra construcción que conjuga, como toda obra creadora, la libertad de imaginar, formar imágenes de lo invisible, “cantar la realidad”, como dice Iván Illich, la exploración rigurosa y exigente, nuevas posibilidades, otros lenguajes. Proceso obsesivo de creación y destrucción, corrección de la corrección para corregir de nuevo y que debe ser llevado a la práctica.

Porque a cada instante nos damos cuenta, recurro a Thomas Bernhard en su espléndida novela llamada precisamente *Corrección*, que todo (lo escrito, pensado, hecho) lo hemos hecho mal, de que hemos actuado mal, de que hasta este momento todo es una falsificación y la corregimos otra vez y corregimos el resultado de la corrección.

La sombra de Wittgenstein se proyecta en el relato. Vivir es corregir. Filosofía y arte se conjuga y refutan todos los determinismos.

Bernhard nos presenta a Roithamer —el constructor— estudioso de las ciencias naturales y prisionero como todos en la red de contratos, impuestos y burócratas. “La política es siempre monstruosa, piensa, siempre decisiva para el mundo y transformadora del mundo y por ello aniquiladora del mundo”.

Los pseudoconstructores cubren de horrores la tierra. Roithamer, atormentado por problemas, sentía que debía concentrarse en su solución. Sus esfuerzos, en cierto sentido, se encaminaban a salvaguardar su existencia.

Decide proyectar una construcción y su lenguaje imagina una forma de vida. Un lenguaje-juego a la manera de Wittgenstein. Recordemos que para el filósofo no basta conocer las reglas del juego, hay que saber jugar. En el centro geométrico exacto del bosque de Kobernauss, decide Roithamer construir un cono, un desafío a las leyes de la construcción tradi-

cional. Durante seis largos años corrige. Por fin realiza una idea que a otros puede parecer demencial. Nadie ve el cono, pero desde el cono se ve todo. Busca las correspondencias entre la piedra, el ladrillo, el hierro y el vidrio con el ser que habitará el cono. Viene a la memoria el *Anima Mundi* renacentista de Marsilio Ficino: las piedras tienen alma, así como las plantas, los ríos y los astros. Todo se corresponde, los vínculos se establecen, los espacios se unifican. Con la idea del carácter problemático, imperfecto, numinoso e inquietante del arte de la construcción, Bernhard establece una analogía con la vida misma. No es una simple metáfora. El juego es un espacio ilimitado de posibilidades.

Vuelvo a las ciudades. La obra de arte de la construcción manifiesta y oculta. Tiempo y espacio le pertenecen. Sujeto y objeto se confunden. Se contempla y se vive. Cada elemento que la conforma apela a los sentidos y a la imaginación y *expresa*, es decir, comunica lo que está más allá de la representación: el fondo de la vida, la inmediatez, aunque sea por un instante. Pero así como el señor Palomar de Italo Calvino intenta inútilmente ver una ola aislada, la obra de arte se une con pseudoconstrucciones y los nexos son modales: juego y violencia, necesidad y azar. El arte es un breve momento de reposo. Luego nos perdemos en el mar de la ciudad.

Buscar claridad entre los malentendidos: ordenar, examinar, corregir, como quería Wittgenstein, no es fácil. Porque si no sabemos lo que queremos corregir, la idea misma de la corrección es absurda. ¿Qué se destruye y qué se construye en su lugar? Pregunta difícil y probablemente sin respuesta. Pero no podemos volcar el tablero del juego, tenemos que seguir jugando. Al fin y al cabo, “sólo podemos existir con la máxima intensidad mientras vivimos”, concluye Bernhard.

Que la solución al enigma de la vida y del espacio y del tiempo están más allá del espacio y del tiempo, lo había advertido Wittgenstein en el *Tractatus*. Nos lo habían revelado las obras de arte de la construcción de todos los tiempos. Confiamos en los artistas de refinada especie que siguen senderos insólitos y saben que no hay nada definitivo.

Las ciudades infelices resisten. Pareciera que se les ha arrebatado el alma y han huido de ellas los espíritus de los elementos. Ya nadie espera

un final feliz, es cierto, pero hoy más que nunca es necesaria la fantasía. La obra de arte de la construcción nos ha mostrado el camino, inventado lenguajes-juego, actividad transformadora, y los ha llevado a la práctica. Su poder es tal, que ha logrado crear en las ciudades puntos de referencia, lugares de encuentro. Porque el artista capta el papel del hombre antes que los historiadores y los políticos y sabe despertar, involuntariamente, muchas emociones, entre ellas, la libertad. Si la política es el arte de lo posible en su sentido más profundo, se relaciona con la obra de arte de la construcción. Tiene que dejar de ser posibilidad. Debe realizar y corregir al infinito.